
COMENTARIOS

¿Elecciones para Asamblea Constituyente?

Ya hemos repetido en las páginas de ECA una y otra vez, de una forma o de otra, que no tienen sentido unas elecciones en la actual situación de El Salvador y en la que se prevé para los meses próximos. Nos complace que otras muchas voces autorizadas resalten esta misma idea. Las elecciones no sólo son imposibles por falta de condiciones objetivas sino, lo que es peor, en caso de que tuvieran lugar servirían una vez más para desprestigiar el proceso electivo. Las elecciones en El Salvador han sido inmemorialmente un recurso antidemocrático para imponer al pueblo sus máximas autoridades. Tenían cierta legitimidad para elegir alcaldes y diputados, entre quienes podían verse candidatos de la oposición triunfantes en las elecciones. Pero para la jefatura del Estado y la presidencia del gobierno, jamás. El candidato militar era propuesto por los militares y era después impuesto en una farsa eleccionaria, garantizada, por los militares y los observadores internacionales. De esto pueden dar buena fe los notarios de la Democracia Cristiana.

Tenemos, pues, que en El Salvador se ha perdido toda credibilidad respecto de las elecciones. No han sido un medio democratizador sino un recurso antidemocrático para instalar autoridades espúreas y para consolidar un sistema antipopular. De ello pueden hablar el PDC como víctima y el PCN como verdugo. Y, sin embargo, ahora víctimas y verdugos dicen que sí, que ellos van otra vez a elecciones y que ahora no va a pasar lo que siempre pasó; ahora precisamente cuando las condiciones son todavía mucho peores.

A esto respondemos que, por favor, no vuelvan a jugar con las elecciones. Un juego electoral más y ya no habrá quien vuelva a creer que las elecciones sirven para algo justo. Teóricamente en las elecciones lo que se pone en juego es la voluntad popular. Cuando la voluntad popular no se puede expresar por elecciones, ya no le queda otro remedio que expresarse de otras formas. Los que hoy están proponiendo elecciones desde Estados Unidos hasta la Fuerza Armada, desde el PDC hasta el PCN están castrando el proceso electoral. Quieren hacer de él una mascarada, una pura maniobra. No porque haya elecciones en esas condiciones quedará justificado ni legitimado nada. Y por respeto a la democracia, por respeto a la voluntad popular, que no venga nadie después de unas tales elecciones diciendo que ya el pueblo expresó su voluntad, que ya el gobierno triunfante está legitimado. Esto no sería verdad y lo que es mucho peor, esto sería la tumba de la democracia.

Pero si malas e inoportunas son unas elecciones presidenciales, raya ya en lo delirante y paranoico proponer unas elecciones para una Asamblea Constituyente. Un presidente mal elegido es ya un mal incalculable, pero una Constitución mal hecha es un mal casi absoluto, porque en ese caso no sólo queda destruido el proceso eleccionario sino que queda desvirtuada la misma Constitución. La Constitución entre nosotros es letra muerta, aun redactada, aprobada y promulgada en circunstancias mejores. ¿Qué será de una Constitución salida de una Asamblea Constituyente, elegida arbitrariamente, durante una guerra civil y en cuya redacción y aprobación só-

lo participa uno de los dos bandos en litigio? Esto no se le ocurre más que a los militares bolivianos. Y así les va.

Reflexionemos un poco más sobre este punto. Una nueva Constitución sólo tiene sentido cuando ya se ha consolidado o está a punto de consolidarse —porque hay fuerzas sociales para ello— una nueva situación social y política. Ahora bien, esto no es así en El Salvador actual. Más bien ocurre lo contrario. Por un lado, tenemos unas reformas apresuradas hechas por un partido sin ninguna base de sustentación social, que se quieren legitimar a la carrera, ante la oposición de ANEP, Alianza Productiva, etc. Por otro lado, tenemos al país entero en plena efervescencia social y en abierto conflicto bélico, de modo que todavía no se prevé para dónde va a inclinarse la balanza en un futuro próximo. ¿Qué ganamos entonces con una Constitución para la que no hay condiciones objetivas, para la que no hay ambiente político y para la que no hay futuro alguno? Se trata sólo de un juego, pero de un juego sumamente peligroso. La Constitución es algo demasiado serio para jugar con ella en estas circunstancias.

Para ponerse a trabajar en una nueva Constitución hay que esperar a que se dé en El Salvador un cierto consenso social. Y lo que hay ahora es un disenso absoluto, total. Nunca estuvieron más contrapuestas las partes, nunca estuvieron más enfrentadas las fuerzas sociales. Incluso si se llegara a una negociación entre las partes en litigio, no estaríamos en condiciones de hacer ya de inmediato una nueva Constitución. La negociación, la solución política es necesaria para avanzar en el proceso, pero no es solución suficiente para establecer normas constitucionales con un mínimo de solidez y de futuro. Y si esto es así, ¿qué decir de una Constitución no respaldada por quienes son hoy por hoy una fuerza capaz de poner en vilo toda la vida social, económica y política de la nación, de quienes están planteando una guerra abierta contra toda la Fuerza Armada? Locura de locuras.

Ni los mismos que lo proponen se lo creen. Estamos a finales de julio y las elecciones serían en marzo. No se ha podido retirar ni uno de los decretos que impiden una vida política normal. No se ha podido disminuir en nada la trágica cuenta de los muertos y de los desaparecidos. No se ha podido controlar —así lo dice el Embajador de Estados Unidos, así lo dice el Subsecretario norteamericano para Asuntos Interamericana-

nos, así lo dice el Administrador Apostólico de San Salvador, así lo dicen tantos observadores imparciales— ni siquiera a los propios cuerpos de seguridad y aun al ejército en sus acciones represivas. Nada de esto —tan elemental— se ha podido hacer y se sigue hablando de elecciones para marzo, convirtiendo a El Salvador en el hazmerreír de los países democráticos.

Pero con esta promesa de elecciones, Estados Unidos puede seguir permitiendo el genocidio de un pueblo por un tiempo más. Que siga la masacre hoy con la promesa de elecciones para mañana. Unas elecciones, además, que no servirán sino para justificar de otra forma la práctica genocida actual. El que después de marzo disienta, no sólo será un adversario, sino que será un enemigo al que democráticamente habrá que exterminar. Y mientras tanto seguirá el mismo gobierno —si es que antes no le dan golpe— hasta que en 1983 —otro terrible plazo, otro año de veinte o treinta mil muertos— tengamos nuevo gobierno. Todo ello no es sino un darse plazos y más plazos para seguir la guerra, para continuar la represión, para acabar de destruir el país.

Porque sería una ilusión pensar que el FDR-FMLN vaya a participar en toda esta farsa electoral y que vaya a aceptar los resultados 'democráticos' de la misma. Y si no la acepta, ¿qué habremos avanzado? ¿No estaremos en el mismo lugar, no nos encontraremos otra vez en el principio del enredo? Se nos dirá que no, porque la hipótesis es distinta.

La hipótesis es que para marzo puede estar destruida la fuerza militar del FDR-FMLN; al menos, lo suficientemente acallada como para tener en las ciudades la apariencia de una cierta calma social. Y si no para marzo de 1982, tal vez para 1983. Ya se encargaría la Asamblea Constituyente de legitimar un año más de represión y de guerra. El argumento de Enders, el Subsecretario de Asuntos Interamericanos, apunta a esta misma hipótesis: hay que seguir con la ayuda militar para 'obligar' a la guerrilla a aceptar las elecciones, pues mientras se sientan fuertes no las van a aceptar. Pero esta hipótesis es de momento completamente gratuita. No se ve debilidad militar alguna del FMLN después de siete meses de dura ofensiva, cuando tras las acciones de enero se encontraban en mayor debilidad táctica y moral. Se ha seguido golpeando a la población civil de manera cada más brutal y masiva, lo cual significa que quienes propician esta política están convencidos de que son miles y miles los que es-

tán dispuestos a apoyar al FDR-FMLN.

Cabe en absoluto pensar que una intervención masiva pudiera reprimir y retrasar el avance revolucionario. Pero, ¿con qué costos y por cuánto tiempo? ¿Cincuenta o cien mil muertos más? ¿Aniquilación de la economía? ¿Anulación de toda base social sustentadora de las reformas que necesita El Salvador? ¿No ha demostrado la revolución que los revolucionarios retoñan cuando más se los reprime? Se argumenta que ya no hay manifestaciones masivas, pero, en primer lugar, no hay manifestaciones masivas de ninguna clase y, en segundo lugar, es claro que muchos de los que abiertamente se aglutinaban en la Coordinadora Revolucionaria de Masas se han pasado a la clandestinidad revolucionaria.

Como quiera que sea la hipótesis no es democrática ni es aceptable. Con lo cual hay un ar-

gumento más para denunciar la inviabilidad de las elecciones y sobre todo la inviabilidad de una Asamblea Constituyente. ¿Llegará a formarse? Es posible. Más aún, es probable, si es que la oposición armada no ha conseguido para entonces triunfos importantes que obligaran a una negociación o que les llevara cerca de la victoria. También los Estados Unidos ofrecían procesos electorales para sacar a Somoza del poder y para impedir el triunfo del sandinismo. Y se confundieron. Tal vez piensan que con mayor violencia junto con el juego de las elecciones les podría ir mejor en El Salvador. Pero la lógica y la ética están en contra. Esperemos que la lógica y la ética triunfen.

E. B.

